

1

UN NIÑO PEQUEÑO HALLADO MUERTO EN BARNARD PARK

El aire olía a pólvora cuando Daniel salió del metro y se dirigió a la comisaría de Islington. Era pleno verano y no corría el aire. La luna se deslizaba por un cielo brillante y agitado. Era un día cargado, a punto de estallar.

Al subir por Liverpool Road, oyó un trueno y poco después cayeron gruesas gotas de lluvia, reprochadoras, flagelantes. Se subió el cuello y corrió por Waitrose y Sainsbury's, esquivando a los compradores de última hora. Como le gustaba correr, no sintió el esfuerzo en el pecho o las piernas, ni siquiera cuando la lluvia cayó con más fuerza, empapándole los hombros y la chaqueta, por lo que corrió más y más rápido.

Dentro de la comisaría, se sacudió el agua del pelo y se limpió el rostro con una mano. Secó el maletín de un manotazo. Al decir su nombre, el cristal que lo separaba de la recepcionista se cubrió de vapor.

El agente de servicio, el sargento Turner, lo estaba esperando y le dio un seco apretón de manos. En el despacho del sargento, Daniel se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla.

—Qué rápido ha venido —comentó Turner.

Por educación, Daniel dejó su tarjeta de visita en el escritorio del sargento. Daniel frecuentaba las comisarías de policía de Londres, pero era la primera vez que acudía a la de Islington.

Culpable

—¿Socio fundador de Harvey, Hunter y Steele? —dijo el sargento, sonriendo.

—Por lo que tengo entendido, se trata de un menor.

—Sebastian tiene once años.

El sargento miró a Daniel, como si buscara una respuesta en su rostro. Daniel había dedicado toda la vida a perfeccionar su impassibilidad y sabía que sus ojos castaño oscuro no revelaban nada al sostener la mirada del detective.

Daniel tenía mucha experiencia como defensor de menores: como abogado había defendido quinceañeros acusados de disparar contra sus compañeros de pandilla y a varios adolescentes que habían robado droga. Pero nunca un niño, nunca un chiquillo. De hecho, apenas había tenido contacto con niños. Su propia infancia era su único punto de referencia.

—No está detenido, ¿verdad? —preguntó Daniel a Turner.

—De momento no, pero hay algo que no encaja. Ya lo verá usted mismo. Sabe exactamente qué le ocurrió a ese niño... Puedo olerlo. Hasta después de llamarle a usted no encontramos a la madre. Llegó hace unos veinte minutos. La madre dice que no había salido, pero que se sentía mal y no había oído los mensajes. Hemos solicitado una orden de registro del domicilio familiar.

Daniel vio cómo las mejillas rojizas de Turner se hundían para realzar lo dicho.

—Entonces, ¿es sospechoso del asesinato?

—Vaya que si lo es.

Daniel suspiró y sacó un cuaderno de su maletín. Aunque cada vez tenía más frío debido a su ropa húmeda, tomó notas cuando el agente de policía describió en pocas palabras el crimen y los testigos y los detalles del interrogatorio al niño.

Estaban interrogando a Sebastian respecto a la aparición del cadáver de un niño. El pequeño que había sido hallado muerto se llamaba Ben Stokes. Al parecer, había sido golpeado hasta morir en un rincón frondoso de Barnard Park el domingo por la tarde. Un ladrillo, arrojado contra su rostro, le había fracturado la cuenca del ojo. Con este ladrillo, además de con ramas y hojas, el agresor había cubierto la cara rota. El cadáver quedó oculto en un rincón del parque, bajo una casita de madera, y ahí fue donde, el lunes por la ma-

ñana, lo halló uno de los jóvenes trabajadores a cargo de las atracciones del parque.

—La madre de Ben denunció su desaparición el domingo por la noche —dijo Turner—. Dijo que el muchacho había salido a montar en bicicleta por las aceras de Richmond Crescent esa tarde. No tenía permiso para dejar el barrio, pero cuando la madre salió a mirar no había ni rastro de él.

—Y están interrogando a este niño porque...

—Tras hallar el cadáver, aparcamos una de nuestras furgonetas en Barnsbury Road. Un vecino declaró que había visto a dos niños peleando en Barnard Park. Uno de los pequeños encajaba con la descripción de Ben. Dijo que pidió a los niños que parasen, y el otro niño le sonrió y respondió que solo estaban jugando. Cuando le dimos la descripción del otro niño a la madre de Ben, esta mencionó a Sebastian Croll (el niño que tenemos ahí), que vive a unas puertas de la casa de los Stokes.

»Sebastian estaba solo en la casa de Richmond Crescent (o al menos eso pensábamos) cuando dos policías se pasaron por ahí a las cuatro de la tarde. Sebastian dijo a los agentes que su madre había salido y que su padre se encontraba en el extranjero por motivos de negocios. Buscamos a un adulto cualificado y lo llevamos a la comisaría sin más demora. Desde el principio ha sido evidente que oculta algo... El asistente social insistió en que llamáramos a un abogado.

Daniel asintió y cerró el cuaderno.

—Venga conmigo —dijo Turner.

Al dirigirse a la sala de interrogatorios, Daniel sintió cómo se cernía sobre él la claustrofobia habitual de las comisarías. Las paredes estaban cubiertas con anuncios de las autoridades acerca de la conducción en estado de embriaguez, las drogas y la violencia doméstica. Todas las persianas estaban echadas y sucias.

La sala de interrogatorios carecía de ventanas. Las paredes, pintadas de verde pálido, estaban desprovistas de cualquier adorno. Justo delante de él se encontraba sentado Sebastian. La policía había confiscado la ropa del niño, por lo que iba vestido con un uniforme desechable, que crujía cuando se movía en su silla. Con ese uniforme tan grande el muchacho parecía más pequeño y vulnerable, menor de once años. Era sorprendentemente hermoso, casi como una niña

Culpable

pequeña, con una cara con forma de corazón, pequeños labios rojos y grandes ojos verdes que rebosaban inteligencia. Las pecas de la nariz salpicaban una piel pálida. Tenía el pelo marrón oscuro, y bien cortado. Sonrió a Daniel, quien le devolvió la sonrisa. El niño parecía tan joven que Daniel casi no supo cómo hablarle e hizo lo posible por ocultar su sorpresa.

El sargento Turner comenzó con las presentaciones. Era un hombre alto, incluso más alto que Daniel, y parecía demasiado grande para esa sala tan pequeña. Se encorvó al presentar a Daniel a la madre de Sebastian, Charlotte.

— Gracias, muchísimas gracias por venir — dijo Charlotte—. Le estamos muy agradecidos.

Daniel asintió y se volvió hacia el hijo.

— Tú debes de ser Sebastian, ¿verdad? — dijo, se sentó y abrió su maletín.

— Sí, eso es. Me puede llamar Seb si lo prefiere.

Daniel se sintió aliviado al ver la actitud tan abierta del niño.

— Muy bien, Seb. Encantado de conocerte.

— Encantado. Eres mi abogado, ¿verdad? — Sebastian sonrió y Daniel alzó una ceja. El niño iba a ser su cliente más joven, pero hablaba con más aplomo que los adolescentes que había defendido. Los ojos verdes e inquisitivos de Sebastian y su voz cadenciosa y educada lo desarmaron. Las joyas de la madre daban la impresión de pesar más que ella; su ropa era cara. Los finos huesos de su mano se movieron como un pájaro para acariciar la pierna de Sebastian.

«Este pequeño tiene que ser inocente», pensó Daniel al abrir la carpeta.

Trajeron café, té y galletas de chocolate. El sargento Turner los dejó solos, de modo que Daniel pudiese hablar en privado con su joven cliente y su madre.

— ¿Podría tomar una? — preguntó Sebastian, al tiempo que sus dedos pulcros y esbeltos, tan similares a los de su madre, sobrevolaban las galletas.

Daniel asintió, sonriendo ante la cortesía del muchacho. Recordaba que él había sido problemático, enfrentado a un mundo de adultos, y de repente se sintió responsable del niño. Colgó la chaqueta todavía húmeda del respaldo de la silla y se aflojó la corbata.

Charlotte se pasaba los dedos por el cabello. Se detuvo para examinar la manicura antes de apretar las manos. También la madre de Daniel había tenido uñas muy largas. Hizo una pausa, distraído.

—Disculpe —dijo Charlotte, alzando los párpados maquillados y bajándolos nuevamente a continuación—. ¿Esto va a tardar mucho? Tengo que salir para llamar al padre de Seb y decirle que está usted aquí. Está en Hong Kong, pero me pidió que le mantuviese al corriente. Voy a ir a casa rápido, cosa de un minuto. Me dijeron que podría traer algo de ropa a Seb antes de que comenzaran a interrogarlo de nuevo. No me puedo creer que se llevaran toda su ropa. Incluso tomaron una muestra de ADN... y yo ni siquiera estaba aquí...

El aire estaba recargado, por el cuero del maletín y el intenso olor a almizcle del perfume de Charlotte. Sebastian se frotó las manos y se sentó erguido, como si sintiese un extraño entusiasmo ante la presencia de Daniel. Sacó una de las tarjetas de Daniel de una ranura de la carpeta y se reclinó contra el asiento, observándola.

—Qué tarjeta tan bonita. ¿Eres uno de los socios fundadores?

—Así es.

—Entonces, ¿me podrás sacar de aquí?

—No te han acusado de nada. Vamos a mantener una breve charla para revisar tu historia y, a continuación, la policía volverá a hacerte algunas preguntas.

—Me dijeron: «¿A que hicistes daño a ese niño?», pero no es verdad.

—Se dice *hiciste* —susurró Charlotte—. ¿Qué te he enseñado?

Daniel frunció el ceño con discreción ante esa corrección fuera de lugar.

—Vale, ¿podrías contarme lo que ocurrió el domingo por la tarde? —dijo Daniel. Tomó notas a medida que el niño le relataba su versión de la historia, cómo salió a la calle a jugar con su vecino, Ben Stokes.

—La familia Stokes vive en la misma calle —añadió Charlotte—. De vez en cuando juegan juntos. Ben es buen chico, muy listo, pero es un poco pequeño para Sebastian.

—Solo tiene ocho años —dijo Sebastian, que sonrió a Daniel y asintió, mirándole a los ojos. Se puso la mano sobre la boca como

Culpable

si quisiese reprimir la risa—. ¿O debería decir que *tenía* ocho? Ahora está muerto, ¿no?

Daniel se esforzó para no sobresaltarse ante las palabras de Sebastian.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Daniel. Dirigió la mirada a la madre de Sebastian, pero estaba distraída, mirándose las uñas, como si no hubiese oído nada—. ¿Sabes qué le ocurrió?

Sebastian apartó la vista.

—Creo que quizás alguien lo atacó. Tal vez un pedófilo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, me han estado haciendo un montón de preguntas. Piensan que le ocurrió algo desde que lo vi por última vez y supongo que si está muerto habrá sido un pedófilo o un asesino en serie o algo así...

Daniel frunció el ceño, pero el niño, de aspecto tranquilo, parecía considerar el destino de Ben como una mera cuestión intelectual. Daniel insistió e interrogó a Sebastian sobre qué hizo antes y después de regresar a casa el día anterior. El muchacho se expresó con claridad y coherencia.

—Bien —dijo Daniel. Sintió que el chico podría confiar en él. Daniel lo creía—. ¿Señora Croll?

—Por favor, llámeme Charlotte, nunca me ha gustado mi apellido de casada.

—Muy bien, Charlotte. Quería hacerle un par de preguntas, si no es molestia.

—Por supuesto.

Daniel notó una mancha de lápiz de labios en los dientes y, al girarse hacia ella, percibió la tensión en su pequeño cuerpo. A pesar de los párpados y el delineador, cuidado y preciso, la piel que rodeaba los ojos denotaba cansancio. Su sonrisa suponía un esfuerzo. «Si supiese que tiene una mancha de pintalabios en los dientes —pensó Daniel—, se sentiría abochornada».

—Cuando la policía encontró a Sebastian hoy, ¿estaba solo en casa?

—No, yo estaba en casa, pero dormida. Tenía migraña y me tomé un par de pastillas. Estaba muerta para el mundo.

—Según el informe policial, cuando se lo llevaron, Sebastian dijo que no sabía dónde estaba usted.

—Oh, estaría bromeando. Él es así. Le gusta tomar el pelo a la gente, ¿sabe?

—Solo les estaba tomando el pelo —asintió Sebastian con entusiasmo.

—La policía no tenía ni idea de dónde se encontraba, de ahí que llamaran a un asistente social...

—Como ya le he dicho —explicó Charlotte tranquilamente—, me había acostado.

Daniel apretó los dientes. Se preguntó qué ocultaba Charlotte. Le inspiraba más confianza el niño que su madre.

—Y el domingo, cuando Sebastian llegó a casa, ¿estaba usted ahí?

—Sí, cuando volvió de jugar con Ben yo estaba en casa. Siempre estoy en casa...

—¿Y no notó nada extraño cuando Sebastian regresó a casa?

—No, nada de nada. Vino y... vio un poco la tele, creo.

—¿Y a qué hora llegó a casa?

—Alrededor de las tres.

—Bien —dijo Daniel—. ¿Cómo te sientes, Seb? ¿Podrías aguantar el interrogatorio policial un poco más de tiempo?

Charlotte se volvió hacia Sebastian y le rodeó con el brazo.

—Bueno, ya es tarde. Nos encantaría ayudar, pero quizás deberíamos dejarlo para mañana.

—Lo voy a solicitar —contestó Daniel—. Les voy a decir que necesita un descanso, pero quizás no estén de acuerdo. Y si lo conceden tal vez no exijan fianza.

—¿Fianza? ¿Qué diantres? —se sorprendió Charlotte.

—Voy a pedirlo, pero no es habitual cuando ha habido un asesinato.

—Sebastian no tiene nada que ver con todo esto —dijo Charlotte, con los tendones del cuello en tensión al alzar la voz.

—Está bien. Espere aquí.

Eran casi las nueve de la noche, pero la policía estaba decidida a continuar el interrogatorio. Charlotte volvió a toda prisa a Richmond Crescent en busca de ropa para su hijo, de modo que Sebastian pudo susti-

Culpable

tuir el uniforme desechable por unos pantalones de chándal azules y una sudadera gris. Lo llevaron de nuevo a la sala de interrogatorios.

Sebastian se sentó junto a Daniel, con su madre al otro lado, al final de la mesa. El sargento Turner se sentó frente a Daniel. Iba acompañado de otro oficial de policía, Black, un inspector de cara larga que se sentó enfrente de Sebastian.

—Sebastian, no tienes la obligación de decir nada, pero puede ser perjudicial para tu defensa si no mencionas ahora algo que más tarde te pueda servir en el tribunal. Todo lo que digas podrá ser usado como prueba...

Sebastian resopló y miró a Daniel. Se cubrió las manos con las mangas de la sudadera y escuchó esas palabras tan formales.

—¿Estás cómodo ahora con tu ropa limpia y bonita? —preguntó el agente de policía—. Sabes por qué confiscamos tu ropa, ¿no es así, Seb?

—Sí, quieren buscar pruebas forenses.

Las palabras de Sebastian eran comedidas, claras y serenas.

—Eso es. ¿Qué tipo de pruebas piensas que encontraremos?

—No estoy seguro.

—Cuando te recogimos esta tarde, tenías algunas manchas en las zapatillas de deporte. Esas manchas parecían sangre, Seb. ¿Me podrías explicar qué eran esas manchas?

—No estoy seguro. Quizás me cortase cuando estaba jugando, no lo recuerdo. O tal vez fuese tierra...

El sargento Turner se aclaró la garganta.

—¿No crees que te acordarías si te hubieses hecho una herida tan grande como para dejar manchas de sangre en los zapatos?

—Depende.

—Entonces, ¿crees que esas manchas son sangre, pero piensas que es tuya? —continuó el inspector con una voz agrietada por el tabaco.

—No, no sé qué son esas manchas. Cuando salgo a jugar, muchas veces me ensucio un poco. Solo quería decir que, si es sangre, entonces supongo que me cortaría jugando.

—¿Cómo te habrías cortado?

—Quizás me caí y me golpeé contra una piedra o me la haría al saltar de un árbol. A lo mejor me di con una rama.

—¿Saltaste de muchos árboles ayer? ¿Y hoy?

—No, sobre todo he visto la tele.

—¿No has ido a la escuela hoy?

—No, no me sentía bien por la mañana. Me dolía la tripa, por eso me he quedado en casa.

—¿Tu profesora sabía que estabas enfermo?

—Bueno, lo que solemos hacer es llevar una nota al día siguiente...

—Si has estado en casa todo el día, Sebastian, ¿cómo se ensuciaron así tus zapatillas? ¿Cómo llegó ahí la sangre? —preguntó el sargento Turner, inclinándose hacia delante. Daniel podía sentir el olor amargo a café en su aliento—. ¿Quizás la sangre era de ayer?

—No sabemos si se trata de sangre, sargento. ¿Quizás podría reformular la pregunta? —dijo Daniel, alzando una ceja ante el agente de policía. Sabía que trataría de tender una trampa al muchacho.

—¿Era el mismo calzado —preguntó Turner, de mal humor— que llevabas el domingo, Sebastian?

—Tal vez. A lo mejor me lo volví a poner. No lo recuerdo. Tengo un montón de zapatos. Supongo que tendremos que esperar y ver qué pasa.

Daniel echó un vistazo a Sebastian y trató de acordarse de cómo era con once años de edad. Recordó que le daba vergüenza sostener la mirada de los adultos. Recordó picaduras de ortigas y sentirse mal vestido. Recordó la ira. Sin embargo, Sebastian se mostraba confiado y elocuente. Una chispa en la mirada del niño sugirió que estaba disfrutando del interrogatorio, a pesar de la dureza del detective.

—Sí, habrá que esperar. Pronto sabremos qué son esos restos de tus zapatillas y, si se trata de sangre, de quién es exactamente.

—¿Han tomado muestras de la sangre de Ben?

El nombre del niño muerto sonó primitivo, sagrado, en esa sala sin ventanas, como una pompa de jabón fugaz y colorida que flota ante todo el mundo. Daniel contuvo la respiración, pero la pompa acabó reventando de todos modos.

—Muy pronto sabremos si hay rastros de su sangre en tu calzado —susurró Turner.

Culpable

— Cuando alguien muere — dijo Sebastian, con voz clara, inquisitiva — ¿la sangre sigue fluyendo? ¿Sigue siendo un líquido? Pensaba que se volvería sólida o algo así.

Daniel sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos. Notó cómo se estrechaban los ojos de los policías ante el macabro giro de la conversación. Daniel podía percibir lo que estaban pensando, pero aun así siguió creyendo en el niño. Recordó cómo lo juzgaban los adultos cuando era niño y qué injustos habían sido. Era obvio que Sebastian era inteligente y una parte de Daniel comprendía esa mente rebosante de curiosidad.

Eran bien pasadas las diez cuando terminó el interrogatorio. Daniel se sintió desolado al ver a Sebastian acostarse en la cama de su celda. Charlotte estaba inclinada junto al muchacho, acariciando su cabello.

— No quiero dormir aquí — dijo Sebastian, volviéndose hacia Daniel —. ¿No podrías convencerlos para que me dejen ir a casa?

— Todo irá bien, Seb — trató de tranquilizarlo Daniel —. Estás siendo muy valiente. Lo que pasa es que necesitan comenzar con las preguntas mañana bien temprano. Se duerme bien aquí. Al menos estarás seguro.

Sebastian alzó la vista y sonrió.

— ¿Ahora vas a ir a ver el cadáver? — preguntó Sebastian.

Daniel sacudió la cabeza con rapidez. Deseó que el policía que estaba cerca de las celdas no hubiese oído nada. Se recordó a sí mismo que los niños interpretan el mundo de manera diferente a los adultos. Incluso los menores más maduros que había defendido hablaban de modo impulsivo y Daniel había tenido que recomendarles que pensaran mucho antes de decir algo o actuar. Se puso la chaqueta, y sintió un escalofrío bajo el cuero todavía húmedo. Con los labios apretados, se despidió de Charlotte y Sebastian y les dijo que los vería por la mañana.

Cuando salió de la estación Mile End, ya eran más de las once y media y el cielo estival era azul marino. Había dejado de llover, pero el aire aún seguía cargado.

Respiró profundamente y caminó con la corbata en el bolsillo de la camisa, las mangas arremangadas y la chaqueta sobre un hombro. Solía ir a casa en autobús: subía de un salto al 339 si le daba tiempo, pero esta noche caminó por Grove Road y pasó frente a la vieja barbería y los restaurantes de comida para llevar, la iglesia bautista y los locales donde nunca entraba y los apartamentos modernos del otro lado de la calle. Cuando vio Victoria Park delante de él, casi estaba en casa.

Había sido un día duro, y deseó que no acusaran al niño, que las pruebas forenses lo descartasen. El sistema ya era despiadado para los adultos; era difícil imaginar qué suponía para los niños. Necesitaba estar solo y tener un momento para pensar, y le alegró que su última novia se hubiese mudado de piso dos meses antes.

Ya en casa, cogió una cerveza de la nevera y bebió mientras abría el correo. En la parte inferior del montón había una carta. Estaba escrita en un papel azul pálido con la dirección anotada a mano. La lluvia había humedecido la carta y parte del nombre y la dirección de Daniel estaban borrosos, pero reconoció la letra.

Bebió un buen sorbo de cerveza antes de deslizar el meñique dentro del pliegue del sobre y rasgarlo.

Queridísimo Danny:

Qué difícil es escribir esta carta.

No me encontraba bien, y ahora sé que no me queda mucho tiempo. No puedo estar segura de tener energías más adelante, así que quiero escribirte ya. He pedido a la enfermera que la envíe cuando me llegue la hora. No puedo decir que me haga ilusión el fin, pero no me asusta morir. No quiero que te preocupes.

Solo quiero verte una vez más, eso es todo. Ojalá estuvieras aquí conmigo. Me siento lejos de casa, y lejos de ti.

Cuántos remordimientos... Bendito seas, cariño, tú eres uno de ellos, si no el mayor. Ojalá hubiese hecho más por ti; ojalá hubiese luchado con más ahínco.

Te lo he dicho muchísimas veces, pero has de saber que todo lo que hice fue para protegerte. Quería que fueses libre, feliz y fuerte, y ¿sabes qué?... Creo que lo eres.

Aunque sé que hice mal, pienso en ti ahora, trabajando en Londres, y siento una extraña paz. Te echo de menos, pero es que soy

Culpable

así de egoísta. En el fondo de mi corazón sé que te va de maravilla. Estoy a punto de estallar de orgullo porque eres abogado, pero no me sorprende ni un poquito.

Te dejo la granja, valga lo que valga. Quizás puedas comprar ese viejo lugar con el salario de una semana, pero tal vez sientas que una vez fue tu hogar. Por lo menos, eso es lo que deseo.

Siempre supe que tendrías éxito. Solo espero que seas feliz. La felicidad es más difícil de lograr. Sé que probablemente todavía no comprendes, pero tu felicidad lo era todo para mí. Te quiero. Eres mi hijo, te guste o no. Intenta no odiarme por lo que hice. Líbrame de ese peso y descansaré en paz.

Te envío todo mi amor,

Mamá

Dobló la carta y la volvió a meter en el sobre. Terminó la cerveza y se detuvo un momento, la palma de la mano contra los labios. Le temblaban los dedos.

2

Lo suyo es correr —dijo la asistente social a Minnie.

De pie en la cocina de Minnie, Daniel estaba junto a una bolsa de viaje que contenía todo lo que poseía. La cocina tenía un olor peculiar: a animales, fruta y madera quemada. La casa era pequeña y oscura, y Daniel no quería quedarse.

Minnie lo miró a los ojos, con las manos en las caderas. Daniel notó enseguida que era una mujer amable. Tenía las mejillas rojas y sus ojos se movían sin cesar. Vestía una falda que le llegaba hasta los tobillos, botas de hombre y una rebeca grande y gris que no dejaba de alisar sobre su cuerpo. Tenía unos pechos grandes, un estómago voluminoso y un cabello rizado y gris, que llevaba recogido.

—Sale corriendo a la menor oportunidad —dijo la asistente social con un tono cansado y, a continuación, en voz más alta, dirigiéndose a Daniel—: Ya no tienes adonde correr, ¿eh, cielo? Tu madre no está bien, ¿verdad?

Tricia extendió la mano para estrechar el hombro de Daniel, que se apartó de ella y se sentó a la mesa de la cocina.

El perro pastor de Minnie, Blitz, comenzó a lamerle los nudillos. La asistente social susurró «sobredosis» a Minnie, pero Daniel lo oyó. Minnie le guiñó un ojo para hacerle saber que ella sabía que lo había oído.

En un bolsillo Daniel apretaba el collar de su madre. Se lo había dado hacía tres años, cuando no tenía novio y estaba sobria. Fue

Culpable

la última vez que le habían permitido ir a verla. Finalmente, los Servicios Sociales prohibieron todas las visitas no supervisadas, pero Daniel siempre volvía a ella. Estuviese donde estuviese, siempre era capaz de encontrar a su madre. Ella lo necesitaba.

En su bolsillo, con el índice y el pulgar recorría la inicial de su nombre: *S*.

Una vez en el coche, la asistente social le dijo a Daniel que le iba a llevar a Brampton, porque en la región de Newcastle nadie estaba dispuesto a acogerlo.

—Está un poco lejos, pero creo que te va a caer bien Minnie —dijo.

Daniel apartó la vista. Tricia se parecía a todas las asistentes sociales que le habían encomendado: cabello color orina y ropa fea. Daniel la odiaba, como le sucedía con todas las demás.

—Tiene una granja y vive por su cuenta. Sin hombres. Seguro que te va bien si no hay hombres, ¿eh, cielo? No necesitas mucho equipaje. Tienes suerte de que Minnie te aceptase. Ahora tienes una casa de verdad. Nadie quiere a un muchacho con todos tus problemas. A ver cómo te portas, vendré a fin de mes.

—Quiero ver a mi madre.

—No está bien, cielo, por eso no puedes verla. Es lo mejor para ti. Necesita un tiempo para recuperarse, ¿no es así? Quieres que se recupere, ¿o no?

Una vez que Tricia se fue, Minnie le mostró su habitación. Le costó subir las escaleras y Daniel observó cómo sus caderas se estremecían. Se puso a pensar en los movimientos de un chico en una orquesta que marca el ritmo aporreando el bombo que lleva al pecho. El dormitorio estaba bajo el tejado de la casa: una sola cama desde la que se veía el patio trasero, donde estaban las gallinas y la cabra, Hector.

Ese patio era la granja Flynn.

Se sentía como siempre que le enseñaban su nueva habitación. Frío. Fuera de lugar. Quería irse, pero en vez de eso dejó la bolsa de viaje en la cama. La colcha de la cama era rosada y un papel con rosas diminutas cubría la pared.

—Disculpa el color. Normalmente me envían niñas.

Se miraron el uno al otro. Minnie abrió los ojos de par en par y Daniel sonrió.

—Si todo va bien, podemos cambiarlo, ¿vale? Puedes escoger el color que prefieras.

Daniel se miró las uñas de las manos.

—Puedes guardar tu ropa interior aquí, cariño. Cuelga el resto ahí —dijo mientras desplazaba su cuerpo por el reducido espacio. Una paloma se arrullaba en la ventana y Minnie golpeó el cristal para ahuyentarla—. Odio las palomas —dijo—. No son más que alimañas, si quieres saber mi opinión.

Minnie le preguntó qué quería para merendar y Daniel se encogió de hombros. Le dijo que podía elegir entre empanada de ternera y carne asada, y Daniel eligió la empanada. Le pidió que se lavase para la cena.

Cuando Minnie se fue, Daniel se sacó la navaja automática del bolsillo y la puso bajo la almohada. También llevaba una navaja en el bolsillo de los vaqueros. Guardó la ropa como le había indicado, los calcetines y la camiseta limpia a cada lado del cajón vacío. Era extraño verlos tan solitarios, así que los acercó. Forrado con motivos florales, el cajón desprendía un olor extraño y le preocupó que su ropa acabase oliendo así.

Daniel cerró la puerta del baño de Minnie, estrecho y largo, y se sentó al borde de la bañera. El baño era de color amarillo brillante y el empapelado era azul. Había polvo y moho en todos los grifos y el suelo estaba cubierto de pelos de perro. Se puso en pie y comenzó a lavarse las manos, de puntillas, para poder mirarse en el espejo.

«Eres un pequeño malnacido».

Daniel recordó estas palabras al contemplarse el rostro, el pelo corto y negro, los ojos oscuros, el mentón cuadrado. Eran palabras de Brian, su último padre adoptivo. Daniel le había rajado los neumáticos y había derramado su vodka en la pecera. Los peces se murieron.

Había una pequeña mariposa de porcelana en un estante del cuarto de baño. Parecía vieja y barata, pintada con colores vivos, amarillo y azul, como el cuarto de baño. Daniel se la guardó en el bolsillo, se secó las manos en los pantalones y bajó las escaleras.

Culpable

El suelo de la cocina estaba sucio, con migas y huellas de barro. El perro estaba acostado en su cesta, lamiéndose las pelotas. La mesa de la cocina, la nevera y las encimeras estaban atestadas. Daniel se mordió el labio y lo observó todo. Macetas y bolígrafos, un pequeño rastrillo. Una bolsa de galletas para perros, enormes cajas de estaño, libros de cocina, jarras de las que sobresalían espaguetis, tres teteras de diferentes tamaños, tarros de mermelada vacíos, guantes de horno sucios y grasientos, trapos y botellas de desinfectante. La papelera estaba llena y al lado había dos botellas vacías de ginebra. Podía oír el cloqueo de las gallinas fuera.

—No eres de muchas palabras, ¿verdad? —dijo Minnie, mirándolo por encima del hombro mientras cortaba las hojas de la lechuga—. Ven aquí y ayúdame con la ensalada.

—No me gusta la ensalada.

—No pasa nada. Haremos una pequeña para mí. La lechuga y los tomates son de mis huertos, ¿sabes? No has probado una ensalada hasta que la has cultivado tú mismo. Anda, ayúdame.

Daniel se levantó. La cabeza le llegaba al hombro de ella y se sintió alto a su lado. Minnie colocó una tabla de cortar frente a él y le dio un cuchillo, lavó tres tomates y los puso sobre la tabla, junto al cuenco que contenía las hojas de lechuga. Le enseñó cómo cortar los tomates.

—¿No quieres probarlos? —Sostuvo un trozo de tomate junto a los labios de Daniel, que negó con la cabeza. Minnie se metió el trozo en la boca.

Daniel cortó el primer tomate, observando cómo Minnie ponía hielo en un vaso alto, exprimía zumo de limón sobre el hielo y vaciaba lo que quedaba de la botella de ginebra. Cuando añadió la tónica, el hielo se agrietó y crujió. Se agachó para dejar la botella junto a las otras y volvió a su lado.

—Bien hecho —dijo—, son unos trozos perfectos.

Había pensado en hacerlo desde que le dio el cuchillo. No quería hacerle daño, pero sí asustarla. Quería que descubriese cuanto antes la verdad acerca de él. Se volvió y acercó el cuchillo a su rostro, con la punta a unos centímetros de su nariz. Las semillas de tomate manchaban el filo como si fuera sangre. Quería ver cómo su boca se deformaba por el pavor. Quería oírla gritar. Ya había probado con

otros y se había sentido poderoso al verlos estremecerse y retroceder. No le importaba si ella era su última oportunidad. No quería estar en esa casa apestosa.

El perro se sentó en la cesta y ladró. Ese ruido súbito sobresaltó a Daniel, pero Minnie no se apartó. Apretó los labios y resopló.

—Solo has cortado un tomate, cariño —dijo.

Sus ojos habían cambiado; ya no eran tan amables como cuando llegó.

—¿No estás asustada? —preguntó apretando el mango del cuchillo, de modo que tembló ante el rostro de la mujer.

—No, cariño, y si hubieras vivido mi vida tú tampoco estarías asustado. Ahora termina con ese tomate.

—Podría apuñalarte.

—Ah, ¿podrías...?

Daniel clavó el cuchillo en la tabla de cortar una vez, dos veces, y luego se apartó de ella y comenzó a cortar el otro tomate. Le dolía un poco el antebrazo. Se lo había torcido al clavar el cuchillo en la madera. Minnie se volvió de espaldas y echó un trago a su bebida. Blitz se acercó y ella dejó caer una mano para que le pudiera lamer los nudillos.

Cuando sirvió la cena, Daniel estaba hambriento, pero fingió lo contrario. Comía con el codo sobre la mesa y el rostro apoyado en una mano.

Minnie hablaba sin parar de la granja y las verduras y hortalizas que cultivaba.

—¿De dónde eres? —preguntó Daniel, con la boca llena.

—Bueno, nací en Cork, pero he pasado más tiempo aquí que allí. También viví en Londres durante una época...

—¿Dónde está Cork?

—¿Dónde está Cork? Madre mía, ¿no sabes que Cork está en Irlanda?

Daniel bajó los ojos.

—Cork es la verdadera capital de Irlanda. Aunque, ojo, es más o menos la mitad de grande que Newcastle —declaró, sin mirarlo, ocupada con su ensalada. Se detuvo y al cabo de un momento añadió—: Siento lo de tu madre. Parece que no está muy bien.

Culpable

Daniel dejó de comer un momento. Empuñó con fuerza el tenedor y lo clavó lentamente en la mesa. Vio que del cuello de la mujer colgaba un crucifijo de oro. Se quedó maravillado por un momento ante el diminuto sufrimiento tallado en la cruz.

— ¿Por qué viniste aquí, entonces? — preguntó señalándola con el tenedor—. ¿Por qué dejar la ciudad por esto? En medio de la nada.

— Mi esposo quería vivir aquí. Nos conocimos en Londres. Trabajaba como enfermera psiquiátrica allí, tras irme de Irlanda. Él era electricista, entre otras cosas. Creció aquí, en Brampton. Para mí, en ese momento, era un lugar tan bueno como cualquier otro. Él quería estar aquí y a mí me pareció bien. — Terminó la copa y el hielito tintineó. Tenía la misma mirada que cuando la había amenazado con el cuchillo.

— ¿Qué es una enfermera psiquiátrica?

— Bueno, es una enfermera que cuida a personas con enfermedades mentales.

Daniel sostuvo la mirada de Minnie por un momento y luego apartó la vista.

— Entonces, ¿estás divorciada?

— No, mi marido murió — dijo, y se levantó para lavar el plato. Daniel observó su espalda mientras se terminaba el té. Raspó el plato un poco.

— Hay más, si quieres — dijo Minnie, que aún le daba la espalda. Quería más, pero dijo que estaba lleno. Le llevó el plato y ella le dio las gracias. Notó que su mirada había cambiado, que era cálida una vez más.

Cuando terminó de fregar, Minnie subió a su habitación con algunas toallas y le preguntó si necesitaba algo, pasta dentífrica o un cepillo de dientes.

Él se sentó en la cama, mirando las espirales rojas de la alfombra.

— Te dejo uno en el cuarto de baño. Tengo un par nuevos. ¿Necesitas algo más? — Daniel negó con la cabeza—. No tienes muchas cosas, ¿verdad? Quizás tengamos que comprarte ropa para la escuela. — Minnie había abierto el armario y tocaba el dobladillo de unos pantalones que Daniel había colgado.

Daniel se dejó caer en la cama. Se metió las manos en los bolsillos y sacó la pequeña mariposa de porcelana. Tumbado, la estudia-

ba. Ella le estaba hablando mientras se agachaba y recogía cosas del suelo y cerraba las ventanas. Cuando se inclinaba dejaba escapar pequeños gruñidos y gemidos.

—¿Qué tienes ahí? —dijo de repente.

Daniel volvió a guardársela en el bolsillo, pero ella la había visto. Él sonrió. Le agradó la expresión de su rostro, trémulo, preocupado. Minnie entrecerró los labios y se quedó al pie de la cama, frunciendo el ceño.

—Eso no te pertenece.

Daniel la miró. ¡Qué extraño que ni se inmutase ante un cuchillo pero perdiese la compostura por una estúpida mariposa de porcelana! Hablaba en voz tan baja que tuvo que incorporarse un poco para oírla. Contuvo la respiración.

—Daniel, sé que no nos conocemos muy bien. Sé que has pasado por momentos difíciles y voy a hacer lo posible para que te vaya bien. Sé que habrá problemas. No me dedicaría a esto de lo contrario. Pero hay algunas cosas que tienes que respetar. Es la única manera de que esto funcione. Esa mariposa no es tuya. Es importante para mí. Cuando te cepilles los dientes, quiero que la dejes en el estante.

—No —dijo Daniel—. Quiero quedármela. Me gusta.

—Bueno, eso lo entiendo. Si la cuidas, puedes quedártela un par de días, pero luego me gustaría que la dejases en el estante del cuarto de baño, donde ambos podemos verla. Ojo, solo dos días, como un gesto especial contigo porque esta es tu nueva casa y quiero que te sientas bienvenido. Pero al cabo de dos días volveré a pedírtela, si aún no la has devuelto.

Nunca antes habían hablado a Daniel de esta manera. No estaba seguro de si ella estaba enfadada o le estaba consintiendo un capricho. Le dolían un poco los codos de apoyarse en ellos.

Minnie se cubrió con su rebeca y salió de la habitación. El olor a zumo de limón se fue con ella.